

# Viaje a través de la lengua, el tiempo y la mente a partir del descubrimiento

*Hernán Lavín Cerda*

*Al espíritu  
de Luis Cardoza y Aragón,  
por obra y gracia*

¿Qué te sucede, Lavín Cerda, por qué vas y vienes hablando solo por la calle, como si fueras la sombra de un monje perdido y solitario, cada vez más solitario en el laberinto lingüístico de tu locura?

Aún es el año de 1962, faltan tres décadas para el rito fúnebre, jubiloso y festival y fúnebre del Quinto Centenario del Descubrimiento de América —encuentro, desencuentro, encontronazo—, y tú caminas por el Parque Forestal de Santiago de Chile, aquel Santiago de la Nueva Extremadura, que todavía es habitado por los fantasmas combativos, dolientes y temerarios de Caupolicán, Lautaro, Galvarino, Tucapel y, en la otra ribera, el conquistador Pedro de Valdivia.

Tú vas y vienes hablando solo bajo las palmas de dátiles insólitos, pequeños y estériles, y al fondo esos castaños cuyos frutos tampoco son comestibles. Eres un loco de atar, lingüísticamente, como “Balbus”, Lucio Cornelio Balbo, el primer cónsul de origen hispano —había nacido en Cádiz, la antigua Gades, la más antigua Gáddir— cuyo nombre se romanizó completamente. Balbus, es decir tartamudo, como tú, aunque no sabemos si tan balbuciente como tú, esa criatura poseída por la tartamudez del lenguaje original ¿antes de la multiplicación babilónica?

Siempre vas y vienes entre aquellos árboles, casi temblando, y de improviso sueltas la lengua, la unívoca y equívoca lengua, y entonces aparecen la luz y las tinieblas, esos flechazos tenebrosos y fulgurantes: la visión de dudosa coherencia, la otra orilla de la otra voz que se reconoce a sí misma y se desconoce, la urdimbre de la otra voz, la subterránea coherencia de una lógica en virtual discordia. Sorpresivas, arcaicas y fecundantes bodas lingüísticas —nupcias de la respiración verbal— a partir de la polisemia latente y oculta en los deslizamientos del sonido. Pero no cualquier sonido sino aquella pulsión sonora que, como un río subterráneo, sube desde el fondo del útero materno, el útero de la primavera, la luz de la primigenia tartamudez, el útero de la leche inaugural, verdaderamente, aquel útero lácteo y lingüístico. Dicha potencia

uterina constituye, de por sí, el canon del orden estructural o, dicho de otro modo, los plenos poderes uterinos de una sintaxis ligada al origen de cada pueblo y, sin duda, de cada lengua. Así como toda comunidad se relaciona o se manifiesta por medio de un lenguaje gestual más o menos estable y propio, así también somos intérpretes, como si fuéramos músicos no del todo conscientes, de partituras sonoras o códigos casi infinitos, regidos por un cierto equilibrio, una sintaxis, una convención socialmente aceptada. El sentido, entonces, es hijo del sonido en sociedad, el de la costumbre, aquel viejo sonido comunitario. Cada lengua es una visión del mundo: una visión insular y distinta. Dicha visión es un microscopio y un macroscopio sintáctico, de pequeño y gran angular, de diámetro múltiple, un espéculo que, observando el universo interior y exterior, es capaz de observarse a sí mismo, tan veloz y lento como un felino, en sus propias texturas y en el tejido que las contiene. Insularidad lingüística, ciertamente, pero insularidad relativa que permite y hasta propicia la mixtura por vecindad sonora, por genealogía más o menos común, por el espectro o más bien el espíritu de una misma familia arcaica, por contagio lexical o por ritmo, respiración, sonido es concepto, respiración es ritmo, o por prosodia finalmente. El filósofo de las formas simbólicas, Ernst Cassirer, ha dicho que el hombre no sólo piensa el mundo a través del lenguaje sino que su visión del mundo ya está determinada por la estructura material y simbólica; es decir, por el poder cognoscitivo y el ánima significante y expresiva de su propio lenguaje. Hay hambre y sed comunicadora en la raíz de toda lengua: comunicación y comunión. En ello reside la energía de las palabras articulándose y desarticulándose para encontrar, en este vaivén, diversas aperturas hacia la significación que, ubicada en un telar sintáctico, sea capaz de provocar el diálogo interminable.

Algunos filósofos creen que somos de algún modo esclavos ante el carácter de la lengua. Es ella la que nos determina, nos condiciona y sólo nos permite algún margen de juego posible. ¿Qué hacer ante la severidad del canon y sus preceptos? ¿Reinventar, acaso, la nominación del mundo? Desarticular todo y rearticular todo. Fabulación radicalmente explosiva. ¿Un baile sobre la cuerda floja de la tartamudez, aquella tartamudez original en peligro de volverse muda para siempre? Ya sabemos que la utopía de la más absoluta fundación lingüística no pasa de ser una prodigiosa y primaveral utopía. Mucho más que un sistema de signos, cada lenguaje es el perfil de una criatura histórica, un cuerpo conceptual, sensible, dotado para el rito solemne, la zancadilla celestial y la parodia, el sufrimiento y la dicha, el amor convulso, plácido, el amor bucólico y melancólico, el equilibrio inestable y la estabilidad peligrosa. Un cuerpo con absurdo, clarividencia, estigmas, bendición, cifras no siempre descifrables, fulgor, tinieblas, relámpagos, decrepitud y rupturas orgánicamente imprevisibles, imposibles de evitar, a veces lentas, gota a gota, y a veces repentinas como una palabra abandonada a su más antigua incertidumbre, palabra expósita, fuera de todo contexto. Palabra sin sala de cuna, sin hogar, sin asilo de ancianos: palabra muerta en vida.

Otros creen, sobre todo desde la plenitud materna del ámbito poético, que sólo en la poesía se da la equivalencia más profunda entre el sonido y el

sentido; sólo en los poemas, el signo lingüístico adquiere una presencia fundacional y ontológica. Pero más allá del signo, y a partir de su fuerza en abanico que se abre, puede afirmarse que todo lenguaje es destino plural e individual: no habría lengua sin destino. Ella es una fisonomía del ser en sociedad o al margen, como anacoreta, lo cual también es otra forma o dimensión del ser.

2

Hijo remoto de la remotísima y extraviada lengua Indo-Europea —aquella familia, aquel tronco verbal, aquella Eva lingüística—, tú eres hoy, ayer y hoy un hablante y un escribiente traumático: descienes del latín vulgar, aquel remotísimo latín vulgar en lucha de expansión, lucha de imperio, románica lucha contra las lenguas de los más antiguos pobladores de la península ibérica. Pudiste, en el sueño de otras vidas, ser carpetovetónico, tartesio, turdetano, túrdulo, cerretano, celta, lusitano, cántabro, celtibero, galaico. Hay en ti un cierto impulso pagano, mítico y mágico, histórico y prehistórico. También pudiste ser —y en verdad lo eres— judeocristiano, cristiano románico de la antigua Hispania, moro, mozárabe, y luego de 1492, en ultramar, más allá de las navegaciones y los naufragios, fuiste criollo o mestizo del Nuevo Mundo, la nueva ilusión, el horizonte sin límites, la mirada circular y tan esférica como el planeta, el mundo de la loca geografía indoamericana. Pudiste ser una criatura utópica, un ser imaginario y real, una criatura para la esperanza, y en verdad lo eres, aunque a menudo hayas sido, con tu voz, con tu silencio, víctima y verdugo, piedad o complicidad, ánima profundamente traumática.

Eres el hijo, el nieto, el bisnieto, el tataranieto del dolor, de la trampa abismal, del equívoco cruel, equívoco no sólo semiótico, de la traición y el cálculo, de las tácticas enraizadas en la fiereza, la simulación deleznable, la hipocresía —después del crimen— que se hizo carne común: todo el que mata, se mata a sí mismo. Consciente o inconscientemente, poco a poco, la evangelizada y culpable sombra de los hijos de Caín, doliente y vigorosa en su complejo de culpa, se extendió por las alturas y los valles del Nuevo Mundo. Entonces apareció la desconfianza, el perfil del huérfano a golpes de cruz y espada, la pupila cavernaria, en retroceso, cada vez más oblicua y desdeñosa. Y todo en función de una estrategia que fue posible a través del más profundo fanatismo áureo: la aureofilia implacable, la plutocracia colonial, el abolengo propio e impropio —cosas de hacienda—, el fraude nobiliario, la usurocracia conquistadora, más cerca de los demonios áureos que de los ángeles, querubines y serafines de una evangelización tolerante. Debiéramos reconocer que el arte de la tolerancia no es algo muy común entre los hijos, nietos, bisnietos y tataranietos del Lobo Sapiens.

Hay crueldad en la vida cotidiana de los indígenas. Hay una violencia o, más bien, un dolor propiciatorio, una flagelación, una mutilación ligada al sacrificio. A menudo la violencia aparece regimentada por ciertas estructuras políticas, político-económicas, o por la cosmogonía de inspiración religiosa que es el principio y el fin: la conciencia, el mito como fuerza motriz, la ciencia

como otra fuerza motriz unida al mito, y la creencia como una conciencia colectiva y fundamental. A este sacrificio propiciatorio, que nunca deja de estar vinculado con los dioses, habría que sumar la otra violencia, la del dogma en la cruz, la del evangelizador, la del descubridor convertido en cruzado. Hasta el mismo Cristóbal Colón soñaba con Jerusalén. A fines de 1492, el 26 de diciembre, dice en su diario que espera encontrar oro, y en tanta cantidad, “que los Reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquistar la casa santa, que así protesté a Vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella gana”. Algunos años después, en 1498, vuelve sobre este episodio: “Al tiempo que yo me moví para ir a descubrir las Indias fui con intención de suplicar al Rey y a la Reina Nuestros Señores que de la renta que de Sus Altezas de las Indias hobiere que se determinase de la gastar en la conquista de Jerusalén, y así se lo supliqué”. Cruz de fuego, cruz áurea, sueño, codicia y oro, espada que se transfigura en cruz de fuego. Espada inquisitorial, censura insaciable, y la paradoja más impía y más cruel: la cruz del que fuera sangrientamente burlado, aquella imagen del INRI que debió soportar la vileza rrománica y pagánica de Poncio Pilato, convertida, varios siglos después, en signo de los burladores, los verdugos, o en crucifixión muy poco piadosa de los nativos del nuevo continente. Dogmática cruz de fuego, salvación, supuesta salvación sumergida en la intolerancia, la no aceptación del otro, de la diferencia, la escasa flexibilidad —hay excepciones, sin duda— para establecer los puentes de una traducción desapasionada. Cruz del amor, a veces, cruz desprendida y dúctil, cruz fraternal de pronto, y también rabiosa, irascible, colérica, más cerca del crimen que de la misericordia. Pero cruz a veces, como ya dijimos, desprendida de la rigidez monárquica y castellana, cruz próxima a Tezcatlipoca, esa forma múltiple y encubierta de la Trinidad, según algunos. A juicio de fray Diego Durán, por ejemplo, los aztecas reverenciaban al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, “y decían *tota*, *topiltzin* y  *yolometl*, los cuales vocablos quieren decir nuestro padre, y nuestro hijo y el corazón de ambos, haciendo fiesta a cada uno en particular y a todos tres en uno, donde se nota la noticia que hubo de la trinidad entre esta gente”.

En estas palabras de Durán se puede observar el desliz —todo desliz es dinámica— del sincretismo: su visión fue mestizándose, como sucedería, paulatina y progresivamente, entre los conquistadores y los conquistados. Es cierto que el fraile dominico piensa en la Santísima Trinidad, como devoto fiel, y el pulso de su corazón es trinitario; no obstante, aquel pulso también se va convirtiendo en el impulso de la otra deidad, Tezcatlipoca, el dios arcaico, el pulso azteca, el dios del fuego. Diego Durán está poseído por el hambre inagotable del conocimiento, sea éste dispar u homogéneo, análogo al espíritu de su cultura materna o diferente. Y es justamente esta actitud de apertura la que lo transforma y lo vuelve mucho más tolerante que al principio, durante los primeros días de su visión en México; es preciso recordar que llegó a la tierra de los aztecas en sus años de infancia, lo cual le hizo tener una comprensión mayor de la cultura india. El autor de *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme* —redac-

tada en la segunda mitad del siglo XVI— está abierto al mestizaje, sensible al imaginario indígena, a los sueños, a la angustia, a la esperanza, al júbilo y al dolor de los otros, al sentido de la fiesta vital y la fiesta fúnebre. Durán construye los puentes de la traducción menos dogmática, más ecuánime, y ya sabemos que el fundamento de toda traducción es el flujo espiritual, la fluidez casi líquida del pensamiento y el cántico, el sentido hilado en el sonido, la comunión de los vasos comunicantes. Traducción, entonces, que fundamenta la tolerancia, y la tolerancia cultural es la ventana abierta hacia el nuevo vigor, esa vitalidad suprema del mestizaje: Pasan los signos de una cultura a la otra, y en su paso se cruzan, son tejidos en una nueva urdimbre, se confunden, se sorprenden, y en medio del desconcierto va creándose una concordia nunca antes vista: la escena inaugural donde los signos se fecundan. “Todos los cantares de éstos —dice el fraile dominico refiriéndose a los cánticos indígenas— son compuestos por unas metáforas tan oscuras que apenas hay quien las entienda, si muy de propósito no se estudian y platican para entender el sentido de ellas. Yo me he puesto de propósito a escuchar con mucha atención lo que cantan y entre las palabras y términos de la metáfora, y pareceme disparate y, después, platicado y conferido, son admirables sentencias, así en lo divino que agora componen, como en los cantares humanos que componen”.

Me he detenido en Diego Durán porque es un ejemplo, entre algunos otros, de verdadera inquietud, asombro, aventura de la imaginación cognoscitiva, y descubrimiento, por último, de sí mismo y de los indígenas a través de una buena disposición hacia la mixtura cultural, quizá el único medio para fundar la concordia y la coexistencia entre distintas y, a veces, antagónicas visiones de lo humano y lo divino. En este misionero, la cruz —espada de fuego— se fue transfigurando hasta convertirse en una cruz de mayor tolerancia; lo mismo sucedió con aquellos indígenas que estuvieron cerca de él y fueron testigos de su cambio hacia la tolerancia y la valoración de las manifestaciones espirituales de los indios. La cruz dejó de ser sólo un cruce de maderos encendidos y sangrientos, para transfigurarse, poco a poco, y ser también una cruz solar, del mediodía, una cruz fulgurante compuesta de espejos —algo de sangre y espejos— una cruz cromáticamente abigarrada, popular, indiana y barroca, cubierta de espejitos como en un mosaico, cruz de espejos y de pétalos. El mosaico fue también una cruz lingüística, un cruzamiento de gestos verbales, de texturas, de palabras mestizándose, una prodigiosa y dinámica cópula lexical entre lo ibérico y lo precolombino. Apareció entonces, a través del tiempo y a partir del siglo XV, ya en la agonía del siglo XV, esa nueva lengua romance, el castellano de indias, la hispanoamericana con algunas marcas genéticas peninsulares que llegaron a nuestros genes por conquista, por el estupor de una cópula múltiple, carnal, polisémica, entre navegaciones y naufragios. La rejuvenecida lengua, la hija del latín vulgar muriendo y resucitando en el más nuevo de los continentes. De ultramar es el ombligo, el útero de nuestra lengua paterna y materna; pero también hay algunas marcas genéticas que ocupan algún rincón del idioma y que pertenecen al ombligo indígena de la Luna. Lengua del primer sueño y del último, con aquella respiración del origen, aquel soplo

inaugural que es epifanía. Lengua de la cuna y de la tumba: lengua siempre parturienta.

Aún es el año de 1992, no falta nada para el rito fúnebre, jubiloso y fúnebre del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, y tú caminas por el Bosque de Chapultepec en el antiguo México, en la Nueva España, en México-Tenochtitlan, esta ciudad que todavía es habitada por los fantasmas combativos, dolientes y temerarios de Motecuhzoma, Cuitláhuac, Tlacatécatl, Temilotzin, Cuauhtemotzin, Cuauhtémoc y, en la otra ribera, la sombra enferma del conquistador Hernán Cortés, quien fuera finalmente conquistado por el espectro, ubicuo y terrible, de sus propias pesadillas.

Corre el año de 1521, año detenido en un solo día: el 13 de agosto. Corre la fecha inmóvil del 1-Serpiente, del año 3-Casa. Es el año del crimen colectivo. La especie humana es virtuosa —como diría un cínico— en cultivar el placer vicio del crimen. Es el año de la caída de Tenochtitlan. Es el día del traumático parto de la nueva cultura.